

José Martí: Un delicado interludio en la historia de Estados Unidos

Rodolfo Sarracino

Para quienes en algún momento han estudiado a los Estados Unidos de los tiempos de Martí, con sus enormes contradicciones propias del imperio en ciernes, y el sueño martiano del establecimiento de un equilibrio internacional en el Caribe, para frenar la expansión que se venía encima, gracias a una situación en que prevalecía en el mundo lo que hoy llamamos “multipolaridad económica, política y militar”, la comprensión de la actual coyuntura es un reto difícil de igualar en una historia que comenzaba entonces a emerger: la del imperio gigantesco que desde entonces se propone adueñarse del mundo y todos sus recursos, y que hoy amenaza a los pueblos que claman por saciar su hambre y exigen una vida decorosa.

Algunos dicen que la actual situación no tiene precedentes. Pero se trata de una mera exageración. Es cierto que tiene lugar en un instante en que el poder destructivo de su aparato militar ha alcanzado un punto al que jamás llegó potencia alguna en la historia de la humanidad. Es tan grande su aplastante capacidad destructiva, que amenaza a quien la emplea. Por eso, por poderoso que sea, su gobierno se ve obligado a pensar bien que circunstancia justificaría su uso, lo cual no permite decisiones apresuradas, Mas en la guerra el tiempo se convierte en un factor apremiante y hasta decisivo. Por otra parte, el poder nuclear no es un monopolio: varias potencias poseen armas nucleares y los medios para hacerlas llegar a cualquier punto de la tierra.

En esa situación se encuentran las potencias, hoy subordinadas en Europa, con las que, en los tiempos de Martí, Estados Unidos nunca pudo contar: Alemania, Francia e Inglaterra, que actualmente muestran, en estos últimos días de la crisis siria, crecientes reservas sobre las aventuras expansionistas de sus aliados norteamericanos.

Del otro lado están China y Rusia, cada una de ellas con el poder de la destrucción mutua asegurada con EEUU, pero con fuerzas navales y aéreas convencionales marcadamente inferiores a las estadounidenses. Ambas potencias terrestres constituyen, sin embargo, una fuerza imposible de subestimar.

En verdad, parecería que Estados Unidos ha sobrevalorado su poder sobre un mundo ingobernable y se ha mostrado incapaz de producir alternativas a sus pretextos para atacar a Siria. Rusia, con el apoyo de China, ha evidenciado una excelente capacidad negociadora en la que se unen la fuerza y la inteligencia, logrando privar de la iniciativa a Estados Unidos, al neutralizar su argumento del peligro de las armas prohibidas para justificar la intervención militar, que sus propias fuerzas armadas tienen en sus arsenales, incluso en países “amigos” como Panamá.

Es significativo que en los últimos días el Secretario de Estado, John Kerry, haya reconocido la rapidez con que Siria ha procedido a la destrucción de sus arsenales químicos, lo que a él personalmente le valió un bombardeo, en esta ocasión de improperios y críticas de sus propios aliados en la agresión, en especial de Turquía, principal suministrador de armas y otros materiales bélicos, incluso químicos, según algunas fuentes, a los mercenarios en Siria. Parece un armisticio con negociaciones complejas de paz que alteran los planes de Estados Unidos, que habrían resultado inútiles, de no haber sido por las desgracias internas que, en mal momento para los demócratas, afectan al gigante yanqui.

Y es que, precisamente en estas circunstancias, se ha producido una crisis política interna en Estados Unidos, provocada por el Partido Republicano sobre el requerimiento constitucional de aumentar el techo de su deuda para poder cubrir los gastos, siempre crecientes, de su deuda estructural, cuyo origen es el déficit en su comercio exterior y el incremento consiguiente de sus debitos estatales internacionales, además del gigantesco gasto de su sistema de bases y flotas de guerra en constante movimiento. Se trata de adeudos cuyo pago debe refrendar el Congreso de Estados Unidos con la aprobación de un nuevo “techo”, que cubriría esos gastos con la impresión de sus dólares carentes de valor, pero que nadie se atreve a rechazar en los pagos internacionales.

Es inútil intentar prever lo que tendrá lugar en los próximos días. Las dos partes en el Congreso parecen firmes en sus propósitos claramente excluyentes entre sí. Las compañías especializadas en el análisis de la opinión pública subrayan que los criterios están divididos, lo que es obvio para el todo el mundo. En realidad, está en juego algo más que un mero incidente en la política interna del país: es el futuro previsible de un gendarme aún más brutal que el actual, bien representado en los cavernícolas del mal llamado “tea party”, que se proyectan, tras el manto del protestantismo militante, como un régimen tan

inescrupuloso como una pesadilla soñada por el propio Adolfo Hitler para su país y el mundo.

Más que los sondeos de opinión, ayuda a este breve diagnóstico el comportamiento revelador de los mercados bursátiles en Estados Unidos, Europa y Asia. Porque nadie invierte su dinero cuando las circunstancias se vislumbran precarias. Pocos días atrás, todos los centros de análisis de las bolsas en Estados Unidos reportaron pérdidas significativas: Standard and Poor's un 0.5% de pérdidas; Dow Jones un 0.4% y Nasdack un 0.5 %. Y lo que no es menos importante, todos los mercados globales muestran pérdidas igualmente demostrativas de dudas y profundas preocupaciones en Inglaterra, donde se reportan pérdidas promedio del 0.3%; en Alemania, donde el mercado cayó un 0.4%. La mejor noticia bursátil se produjo en Francia, que no pudo informar de aumento alguno en el promedio de sus precios. Y las cosas continúan avanzando actualmente por ese camino.

Por otra parte, el euro y el dólar se desplomaron. Y el petróleo perdió precio. Es una reacción que indica el inicio del declive, que se manifestará con mayor intensidad de no llegar a acuerdo el 17 de octubre los dos partidos tradicionales de EEUU. Si la economía más grande del mundo produjese el primer impago, esto es, dejara de iniciar siquiera, por vez primera en la historia, el pago puntual de sus ingentes deudas, se produciría un colapso financiero que rápidamente devendría crisis. Se comprende que ello afecte, por fuerza, el equilibrio económico del planeta, que aún no se ha restablecido de su última recaída, y la preocupación consiguiente de todos los gobiernos, incluyendo el nuestro, en medio de un doloroso proceso de reformas económicas.

En resumen: es en verdad patética la tarea que el pueblo estadounidense, con más de 45 millones de personas por debajo de la línea de la pobreza, debe enfrentar en las próximas elecciones, en defensa de sus legítimos intereses humanos, en tanto que los partidos tradicionales se proponen, en ambos casos, no grandes victorias, sino terminar en el lugar del que menos votos haya perdido. En realidad, verdaderamente, los dos partidos se prefiguran como perdedores ante la mayoría del pueblo estadounidense, pero sobre todo el republicano. Es un hecho ineludible en el futuro de ese país. Pero el que más perderá será el propio pueblo, que de una u otra forma vería debilitarse o desaparecer el sueño de servicios que le son comunes a todos los pueblos civilizados del planeta.

Entretanto, los rumores de un arreglo de último minuto se hicieron realidad y el presidente Obama firmó rápidamente los documentos para una pausa en la crisis, hasta enero-febrero de 2014. Nada indica que el agraviado presidente

demócrata podrá ver con tranquilidad el fin de su período como jefe de estado. La crisis de la deuda estadounidense es imposible que desaparezca en el tiempo que le resta en el poder. De hecho se trata, por su ciclópeas dimensiones y constante crecimiento, de una deuda materialmente impagable. Entretanto, los santos varones del Tea Party han prometido reanudar la crisis cuando termine el lapso de reposo acordado y brote con renovado vigor su vocación suicida.

Permítase un mero ejercicio conjetural, con más imaginación que razón, pero al que no puede resistirse quien ha hecho de la vida y la obra de Martí la razón primaria de sus años menguantes. A poco más de 120 años de su desaparición física, surge la interrogante de cómo habría visto la lúcida mente de Martí la fractura del sistema financiero estadounidense a partir de las riñas políticas de los dos partidos tradicionales estadounidenses, y del impago de su vieja deuda interna e internacional. Pues bien, también Martí fue testigo de parecidas situaciones políticas complejas que como periodista de garra le obligaron al análisis profundo del sistema político del imperio emergente. ¿Por qué la derrota del Partido Demócrata provocó una situación política tensa en el país durante los azares de aquellos días?

La derrota electoral, que ya se prefiguraba, del presidente demócrata Grover Cleveland, presidente sensible a los intereses del pueblo, a quien Martí respetaba, le hizo poner por escrito para sus lectores de México y Argentina (*La Nación* de Buenos Aires de 8 diciembre de 1886) algunos de los problemas del sistema político devenido bipartidista de Estados Unidos. Nunca había hablado tan claro.

Está, pues, la política de Estados Unidos distribuida entre dos partidos gastados, descompuestos en bandos sostenidos por celos personales y diferencias de ideas [...] Los republicanos no parecen capaces de reunir [al pueblo] bajo un programa y jefatura comunes. [...] El Partido Republicano, desacreditado con justicia por su abuso del gobierno, su intolerancia arrogante, su sistema de contribuciones excesivas [...] su falsificación sistemática del voto, su complicidad con las empresas poderosas, su desdén de los intereses de la mayoría, hubiera quedado sin duda por mucho tiempo sin capacidad para restablecerse en el poder, si el Partido Demócrata que le sucedió, no hubiera mostrado su confusión por los asuntos de solución urgente, su influencia e indiferencia en las cuestiones esenciales que inquietan a la nación, y su afán predominante de apoderarse, a semejanza de los republicanos, de las empresas públicas [...] El Partido Demócrata fue traído al

gobierno [...] para que el gobierno en suma dejase de ser, como venía siendo, propiedad exclusiva verdaderamente escandalosa de camarillas ricas [...]

¿Qué solución veía Martí para la crítica situación del sistema político a que se enfrentaba el país? No veía otra salida que la creación de un tercer partido de proyecciones nacionales. Ya se había fundado en Nueva York el Partido Unido del Trabajo, con una plataforma ideológica profundamente reformista, pero suficientemente radical como para estremecer al sistema bipartidista y todo su entramado corrupto y decadente. Creció en los años 1886 y 1887 en varios estados del país, cuando Martí escribía las líneas que anteceden, pero desapareció con la muerte de su fundador, Henry George, en 1897, a los 58 años de edad, cuando tenía lugar una nueva y prometedora campaña política para la alcaldía de Nueva York. Así describía Martí el programa político de esa organización política:

Los georgistas, que así pueden llamarse por ser su caudillo Henry George lo más brillante y visible de toda su reforma, extienden ayudados de las sectas liberales del protestantismo y del clero llano católico, las ideas de legítima democracia, reforma de las condiciones actuales del trabajo, transformación de la tierra en propiedad pública, y conversión de todos los pechos en un tributo único sobre la tierra ocupada, cuyas doctrinas no hallan acogida en las corporaciones poderosas que hoy disponen de casi toda la riqueza productiva, ni en aquella porción del clero protestante y católico que vive cerca de los ricos, y de ellos y parece dispuesta a hacerles del cielo, que interpretan y administran en su pro, un parapeto de defensa.

Este partido nuevo se extiende, como quien echa cimientos, por los municipios de las grandes ciudades; predica activamente por todo el país; se organiza para la acción unánime sobre bases definitivas y precisas; practica las costumbres de paz y respeto de la democracia, y cuenta ya con el auxilio potente de los gremios de trabajadores, a tal punto que todo el país le pone atento oído, y no se hacen menos menciones de Henry George para la presidencia que en las primeras campañas de los amigos del suelo libre, desdeñados al principio, se hacían de los prohombres que luego salvaron en la formidable guerra [Martí se refería a la Guerra de Secesión] de la esclavitud al país. Trátase

ahora, indudablemente, de ver cómo, atendiendo a tiempo a las reclamaciones justas, se le salva de la guerra social.

Sus palabras hoy, dada la esencia análoga de los problemas a los que hoy se enfrenta el pueblo estadounidense, no habrían sido muy diferentes a las que expresara en aquellos días tormentosos de 1886. No es casual que actualmente los materiales de las reformas políticas y económicas de Henry George alcancen tiradas y ventas superlativas en las librerías de todo el país. No sorprende que algunos preocupados ciudadanos piensen en futuras soluciones.